La gamuza que fingía conocer el cielo

Shyvirelle · Narración original

En la montaña vivía una gamuza llamada Lía que tenía una respuesta para casi todo. Si alguien preguntaba por el camino más cómodo entre las rocas, ella señalaba una pendiente. Si se buscaba el mejor rincón para descansar, nombraba un saliente protegido del viento. Había recorrido aquellas alturas desde pequeña y conocía muchos lugares que los demás no conocían.

Un verano, el mirlo la oyó decir que también sabía de dónde salían las nubes. La noticia bajó por las laderas con tanta rapidez que llegó al bosque antes que la propia gamuza.

—Lía conoce el comienzo de las nubes —anunció el mirlo—. Lo ha visto desde arriba.

Lía estaba cerca y no lo corrigió. Le gustó la manera en que los animales la miraban. Nadie había dicho antes que ella fuese la primera en saber algo tan importante.

La marmota fue la primera en acercarse.

—¿De dónde sale esa nube que parece una almohada? —preguntó, señalando un bulto blanco sobre la montaña.

Lía miró el cielo. No sabía la respuesta, pero tenía a todos esperando.

—De las flores que se cierran al atardecer —dijo—. Guardan tanta suavidad que, al abrirse, dejan escapar un poco.

La marmota quedó encantada. Regresó a su madriguera imaginando un prado entero sacudiéndose pétalos de algodón.

Después llegó una cabra joven.

—¿Y las nubes oscuras? ¿De dónde salen?

—De las piedras que han pasado mucho tiempo al sol. Cuando se cansan de estar calientes, suspiran hacia arriba.

La cabra contó la explicación a sus compañeras. Una de ellas, que había descansado aquella mañana sobre una roca tibia, dijo que eso sonaba muy posible.

Por último llegó el lirón. Se llamaba Nico y no bajaba al claro con frecuencia, porque prefería observar desde la rama de un avellano. Traía una pregunta corta:

—¿Tú has visto nacer una nube?

Lía miró la montaña, luego al lirón.

—He visto miles —contestó.

—Eso no es lo mismo que ver nacer una.

La gamuza se acomodó sobre sus patas.

—Algunas salen de las plumas que los pájaros pierden al volar muy alto —añadió—. Yo conozco esas alturas.

Nico no sonrió ni se enfadó. Solo preguntó:

—Entonces, ¿las flores, las piedras y las plumas hacen nubes distintas?

—Naturalmente.

—¿Y cómo lo sabes?

Lía levantó la cabeza para buscar entre las ramas una respuesta que no tuviera que inventar. Por primera vez, el silencio fue más largo que su explicación.

El mirlo se acercó con la marmota y la cabra. Los tres habían oído partes diferentes de la historia. Decidieron contárselas unos a otros para entenderlas. La marmota señaló unas flores, la cabra mostró una piedra y el mirlo sacudió una pluma que encontró cerca. Miraron hacia arriba. No pudieron reconocer en el cielo cuál de las tres cosas había producido cada nube.

—Si una nube se forma sobre una piedra —dijo Nico—, ¿cómo sabemos que vino de la piedra y no pasó por encima?

Lía abrió la boca y volvió a cerrarla. La pregunta era sencilla, pero no podía resolverla con una vista panorámica ni con el prestigio que acababa de ganar.

—No lo sabemos —dijo finalmente.

Los otros animales permanecieron callados.

—Yo tampoco —añadió Lía—. Nunca he visto el primer instante de una nube. He visto muchas llegar, cambiar de forma y desaparecer detrás de las cimas. Quería que pensarais que sabía más.

La marmota se entristeció por sus flores imaginarias. La cabra bajó la mirada hacia las rocas. El mirlo, que había repetido la noticia por todo el bosque, se alisó las plumas con el pico.

—Podrías haber dicho que no sabías —señaló Nico.

—Temí que dejarais de preguntarme cosas.

—Podemos preguntarte otras —respondió el lirón—. Y algunas podemos mirarlas juntos.

Aquella tarde subieron Lía y Nico a una loma desde la que se veía una gran peña partida en dos por una grieta. Llevaron un poco de agua y esperaron bajo una mata baja. Sobre ellos cruzaban nubes de tamaños distintos.

—Tengo una pregunta —dijo el lirón—. ¿Qué parte de la peña quedará primero bajo la sombra de aquella nube?

La gamuza observó con cuidado. Una mitad de la roca era clara y la otra tenía una mancha oscura junto a la grieta. La sombra se acercaba al borde de la parte clara.

—Esa —dijo Lía, señalándola—. La parte alta, al lado de la grieta.

Nico esperó. La sombra tocó primero el lugar que Lía señaló.

—Ahora sí lo sabemos —respondió.

Lía sintió una alegría distinta de la que había sentido cuando todos la llamaban sabia. No era la alegría de que la creyeran, sino la de haber visto algo de verdad.

—¿De dónde salió la nube? —preguntó después.

—Todavía no lo sabemos —dijo Nico.

La gamuza se quedó mirando el cielo. Le habría gustado ofrecer una explicación maravillosa, pero esta vez no tuvo prisa.

—Esa es una buena pregunta para mañana —contestó.

Y al bajar la ladera, cuando el mirlo les preguntó qué habían descubierto, Lía le contó exactamente lo que habían observado. No dijo una palabra más de la que sabía.